

El ensayo entre los dos centenarios: Hacia una relectura de Martínez Estrada

Autor: Becario Lucila Mondino
Director: Marisa Moyano
Universidad Nacional de Río Cuarto

*“Yo hablo en un idioma ya olvidado
y que apenas algunos descifran como jeroglíficos”.*
Ezequiel Martínez Estrada

Tomando como base el texto “Radiografía de la pampa” de Ezequiel Martínez Estrada, el objetivo del escrito es analizar las lecturas y relecturas, proyecciones y confrontación que hace la producción ensayística argentina a lo largo del siglo XX a partir de la configuración de la representación de “la nación” y de “lo nacional” que construye Martínez Estrada en su ensayo.

Marisa Moyano considera que en la Argentina el género ensayo fue el soporte discursivo para la realización de las operaciones culturales que actuaron sobre la historia pasada (en tanto relato hegemónico) y la identidad proyectada (en tanto ficción política) de la “nación” futura (en tanto comunidad imaginaria), ya que los textos ensayísticos se convirtieron en portadores genésicos y dispositivos de circulación de sentido e imposición de creencias, doxas, figuras, retóricas, ideas, premisas, imaginarios, saberes y epistemes que se configuraron a sí mismos como condiciones de producción de otros discursos, operaciones y prácticas configuradoras de “lo real político”, hecho que marca el poder performativo/instaurativo del “ensayo de interpretación nacional”. La autora considera al ensayo como género articulador de los procedimientos de “invención de la nación” identificando así, el funcionamiento de una formación discursiva puesta al servicio de la consolidación de la “nación creada”.¹

Al explorar parte de la producción ensayística argentina construida y reconstruida a lo largo del siglo XX a partir de una revisión del dispositivo civilización/barbarie es posible hallar distintas posiciones: desde una revisión ontologizada de una “herencia pesimista” o una “moral condenatoria” como la que leen Martínez Estrada y Eduardo Mallea que perfilan e instituyen performativamente entidades simbólico-ontológicas sobre una idea deshistorizada de la “nación” y los atributos de “lo nacional”, hasta la impugnación crítica y estertórea que hacen de esas “legitimaciones colonizadas” y la

¹ Moyano, M: “El ensayo de interpretación nacional como enclave político de las disputas por el sentido y las alegorías identitarias de ‘la nación’”. En Jalif de Bertranou, Clara: “Argentina: entre el optimismo y el desencanto”. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, 2008.

reivindicación de claves liberadoras como el “nacionalismo forjista” denunciando el Imperialismo y las modalizaciones colonizadas de la oligarquía nacional.

También hay que tener en cuenta el ingreso, a esta cadena dialógica de debate, confrontación y discusión, de los ensayistas del grupo Contorno quienes releen críticamente las configuraciones de Martínez Estrada, Mallea, Murena (el denominado “ciclo histórico del ensayo argentino”), trazando nuevas perspectivas narrativas desde una mirada sociológica sobre las interpretaciones identitarias en el campo del ensayo de indagación nacional inicial.

Martínez Estrada: “pesimismo de la realidad y optimismo del ideal”

En los últimos años, aún en medio del caos que ha vivido la Argentina, ha crecido el interés por la figura de Ezequiel Martínez Estrada. Quizás porque fue quien se propuso la tarea de pensar el país como un enigma. El renovado interés de la crítica por la obra de Martínez Estrada no siempre fue constante. Luego de su muerte, y a pesar de su apoyo a la revolución cubana, toda la crítica ligada de algún modo con el marxismo vio en la prosa de Martínez Estrada una especie de sociología fantasmagórica, más cercana a la metafísica que a las estadísticas. Sin embargo, a tantos años de su ensayo fundamental: “Radiografía de la Pampa”, publicado en 1933, el poder de su prosa se mantiene intacto.

Antes, muchos se habían prodigado en insultos y refutaciones: Jorge Luis Borges dijo de Martínez Estrada que era un “sagrado energúmeno”; Raúl Anzoátegui lo consideró “una estatua aficionada a hacer declaraciones”; Ismael Viñas, un “negador a la marchanta”; Jorge Abelardo Ramos, un “intérprete del pensamiento imperialista”; Juan José Hernández Arregui, una “inteligencia enteramente colonizada”; Arturo Jauretche le espetará haber “injuriado con ventilador” y, además, ser un “macaneador”, “negador de la historia real”; Cuadernos de Cultura, del Partido Comunista, lo clasificará entre los “deterministas telúricos, imprecisos y vaporosos”; y al fin Juan José Sebreli no se privó de lanzarle el anatema de “jugar un rol reaccionario dentro de nuestra conciencia histórica”.

Se dijo de él que era resentido, irracionalista, subjetivista, especulativo, caprichoso, psicologista, apocalíptico, anarquista de derecha, individualista, profeta mesiánico. Pero Martínez Estrada sigue siendo reeditado y leído, lenta y sostenidamente, ya sea para reivindicar su escritura y su forma de hacer crítica o para reprochar, recriminar, corregir, desacreditar su pensamiento, su obra, su posición, sus planteos.

En la primera parte de “Radiografía de la pampa” Ezequiel Martínez Estrada presenta un mito: Trapalanda. Es el país Ilusorio, el imperio de Jauja (de la abundancia, la riqueza), que atrajo al conquistador y al colono con su promesa de oro y especias que podría transportar a su tierra natal, lo que sucede es que éstos no encuentran ni oro ni especias ni cultura: “*América era, al desembarco, una desilusión de golpe; América no era América, tenía que forjársela y que superponérsele la realidad del ensueño en bruto*”². El conquistador siente la desilusión de que en vez de Trapalanda pisaba una tierra agreste, que sería preciso labrar y sembrar, regar con sudor y sangre. El intruso decepcionado concibe una seudotrapalanda que en su frustración no le recuerde la derrota. Quiere lo que no tiene, y lo quiere como lo que quiso tener. “*El conquistador no había venido a*

² Ezequiel Martínez Estrada “Radiografía de la pampa”. Losada. Buenos Aires. 2001. Original 1933.

poblar, ni a quedarse, ni a esperar; vino a exigir, a llevar, a que lo obedecieran (...) Lo ilusorio reemplazó a lo verdadero. La verdad, la tierra ilimitada y vacía, la soledad, eso no se advierte, pues forma como la carne y los huesos del que va andando: materia inadvertida en que bulle un sueño derramado por los bordes de lo que contiene la realidad, del horizonte para afuera”³. “El conquistador se proclamó señor de la tierra, del hombre y de las cosas, a pesar de que no llegó a poseerlos ni a estimarlos más que como riqueza portátil”⁴

Martínez Estrada sostiene que América es un continente que no tiene historia, la naturaleza termina dominando al hombre y llevándolo al fracaso, de este modo la conquista termina siendo una operación de rencor, América se puebla de rencor: no hay cultura posible. *“En Europa, ligarse a la tierra por la propiedad, es emparentar con la historia, soldar un eslabón genealógico, entrar al dominio del pasado. Pero en América, en la del Sur, que no tiene pasado y que por eso se cree que tendrá porvenir, es por una parte la venganza y por otra la codicia”⁵ “(...) lo que estaba al alcance de cualquiera, sembrar, construir, resignarse y aguardar, resultaba deprimente y fuera de la tabla de los valores de la conquista y dominio. Trabajar, ceder un poco a las exigencias de la naturaleza era ser vencido, barbarizarse”⁶*

Frente a este panorama, Martínez Estrada declara que América todo lo que toca lo trastoca en barbarie, América es bárbara: *“bajo influjos indiscernibles, las poblaciones regresaron a un estado inferior, y esos estados regresivos, las recidivas de la barbarie, son más rudos que el estado natural. Se ha renunciado a la civilización, retornando por infinitos senderos, al fondo de la animalidad (...) Mucho de lo que se ha entendido por barbarie es simplemente el desencanto de un soñador ordinario”⁷.*

En una entrevista realizada a Martínez Estrada se le pregunta explícitamente porqué escribió “Radiografía de la pampa”, a lo que éste responde haciendo referencia a una experiencia personal, y alude al episodio del golpe militar llevado a cabo por Uriburu (golpe militar que se produjo el 6 de septiembre, interrumpiendo el ciclo democrático iniciado con la promulgación de la Constitución de 1853, derrocando al hasta entonces presidente Yrigoyen), el autor expresa su sensación de estar retrotraído a veinte años atrás, como si las fiestas del Centenario hubiesen sido sólo un sueño, y que de pronto ese pasado que se creía sepultado volvía con toda su fuerza; este ensayo publicado a 3 años del golpe de Uriburu, sin duda, que se deja leer como una respuesta este golpe militar, situación que lo estimula a examinar la historia nacional para traer a luz la auténtica y problemática realidad que vive el país. 1930 es una etapa de crisis: económica, social, cultural, política, atrás habían quedado las celebraciones del Centenario, la Argentina como el país Granero del mundo, una Buenos Aires cosmopolita digna de ser mostrada a Europa, en el '30 esta visión cambia, se construye una visión pesimista del país, en este sentido, no es casual que Martínez Estrada piense que no hay salida, su visión se funda en el negativismo extremo respecto de lo que es América y de la posibilidad de avanzar.

Este pensamiento es correlato de su concepción de la “historia”, como algo cíclico: las civilizaciones avanzan, llegan a la cúspide y se degradan, los hechos se repiten en grandes períodos cíclicos, el mismo Estrada destaca que, en cuanto a los autores que influyeron en su pensamiento y en su obra, tuvo dos guías a lo largo de su formación, Spengler y Freud. Spengler consideraba que la historia es morfología o anatomía de los hechos, y puede estudiárselos independientemente, por países y épocas; mas también la historia es fisiognómica de los hechos; revelan su sentido profundo, su

³ Op.cit. pág. 14

⁴ Op.cit. pág. 22

⁵ Op.cit. pág. 15

⁶ Op.cit. pág. 10

⁷ Op.cit. pág. 19

alma colectiva, ecuménica y étnica, de allí que es posible leer la influencia de este autor en la concepción de la “historia” de Estrada, criticada por otros intelectuales, como por ejemplo Sebreli, quien en oposición a este pensamiento, considera que la historia no es un ciclo repetido hasta el infinito sino la creación del hombre histórico en el tiempo concreto.

En cuanto a Freud, Estrada explica que la lectura de sus obra, en especial “Tótem y tabú” le permite darse cuenta de que los mecanismos estudiados por él en la psicología de profundidad, podían proyectarse al plano horizontal de los hechos sociales y míticos, y a sus fenómenos simbólicos, es por eso que toma alguna de las claves de su método: interpretación de los sueños, censuras, sublimaciones, inhibiciones, olvidos y errores, transferencias, tabúes, etc., y las integra en su obra, las cuales le permiten analizar la realidad de América.

Estrada considera que en 1958 el país sigue en las mismas condiciones que en 1930, a varios años de la edición de su libro, el autor piensa que la situación se repite, que la historia no cambia y que terminamos aceptando que asistimos a un proceso histórico normal, la entrevista se realiza a 3 años del primer gobierno de Perón (1946-1955) con el cual Estrada tuvo una relación particular. Precisamente durante los años del peronismo, Martínez Estrada sufre una enfermedad de la piel que los médicos diagnosticaron de “neurodermitis melánica”, enfermedad de tipo psicosomático, que lo ha de tener postrado casi cinco años (entre 1951 y 1955).

Liberado de su enfermedad después de la caída del peronismo en 1955, Martínez Estrada procura influir en políticos y educadores, en críticos y escritores, en los jóvenes y en la sociedad en general ofreciendo consejos, prédicas, críticas y ataques, que él ha de llamar “sus catilinarias”. Cuadrante del pampero (1956), ¿Qué es esto? (1956), Exhortaciones (1957) y Las 40 (1957) son algunos de los textos representativos de esta época.

Hasta aquí el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada, en un intento de tomar las líneas básicas que signifiquen e ilustren su configuración de la representación de “la nación” y de “lo nacional”. A continuación pasará a considerar las relecturas que hace la producción ensayística argentina a lo largo del siglo XX, tomando como eje los ensayos publicados por la revista Contorno y el ensayo de Arturo Jauretche “Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)”.

Relectura polémica de Ezequiel Martínez Estrada

A comienzos de la década, en noviembre de 1953, nace la revista **Contorno**, dirigida por Ismael Viñas (1925). Sus integrantes son los jóvenes universitarios David Viñas (1927), Juan José Sebreli (1930), Adolfo Prieto (1928), Ramón Alcalde (1922), Adelaida Gigli (1929), Oscar Masotta (1930-1980), León Rozitcher (1924), Noé Jitrik (1928), que realizan una revisión del pasado argentino para elaborar una salida para la problemática nacional. Hasta 1955 la revista sólo se ocupa de temas literarios, en un programa de reordenamiento de la tradición intelectual argentina y la construcción de una nueva línea. Después del golpe de estado, Contorno se convierte en una revista de discusión política donde se examina la experiencia peronista y se buscan alternativas que conjuguen los ideales marxistas y existencialistas del grupo. El movimiento central de Contorno es ubicar a la literatura argentina en la serie histórica, donde la política revela a la literatura y la literatura puede ser metáfora de la política, en una relectura que traza otros lineamientos, al recolocar y desplazar a distintos autores. En esta nueva

organización del sistema literario, las lecturas fundamentales de Contorno marcan la centralidad de Roberto Arlt y Ezequiel Martínez Estrada, y el desplazamiento de Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges⁸.

La revista Contorno, fundada por David Viñas, agrupó en los 50 a una generación de jóvenes escritores e intelectuales que rescataron el legado literario y de pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada del “exilio decretado por la traición canónica de la literatura”. Las posiciones son ambiguas. Por un lado, le reivindicaban a Estrada su modo de hacer crítica literaria (que no es la tradicional) por hacer volver a la polémica, a la discusión política, también exaltan y distinguen su indagación profunda de nuestra realidad y por otro lado, le critican su posición metafísica-ontologizante, hay una crítica fuerte a la deshistorización (a sacar las causas del pensamiento racional), algunos autores como Sebreli sostienen que Martínez Estrada llega a la histórica soledad del intelectual y al quietismo, es decir, mató a la realidad y contra ella no se puede hacer nada, lo cual trunca todo intento de operar sobre esta realidad, impide la praxis (acciones, actividades, pragmatismo).

Una de las relecturas de Ezequiel Martínez Estrada es la que realiza Juan José Sebreli en “Martínez Estrada, una rebelión inútil”, allí el autor le critica a Estrada su contemplación pasiva de la realidad, la cual otorgaba una visión abstracta del país y del mundo, porque no actuaba sobre éste ni creía en la capacidad ni en la posibilidad de incidir sobre su marcha, se limitaba a describirlo como si fuera un mundo natural exterior y no un mundo histórico del que el mismo Estrada formaba parte. El problema de la tierra americana, que Martínez Estrada presentaba en términos teológicos de pecado, culpa y fatalidad, para Sebreli son un problema de orden económico y social. El autor considera que la enfermedad de la pampa no se explicaba, como pretendía su radiólogo, por un conflicto metafísico entre el hombre y la tierra, sino por la incapacidad de los sectores productivos para tecnificar y modernizar el campo. La soledad de los grandes espacios vacíos de la pampa desaparecería con el aprovechamiento social de la tierra y con una adecuada política de población.

Sebreli manifiesta que las teorías de Martínez Estrada atribuían las injusticias y las corrupciones sociales al orden natural, que las estructuras económicas, sociales y políticas retrógradas (así las considera) no era la consecuencia del obrar de una clase social retrógrada o de un grupo político impotente, sino que estaban determinadas por la fatalidad étnica y geográfica. Estrada escribe en su ensayo: “*Era preciso resignarse y afincarse; someterse a las leyes inertes de la tierra, acatarla y sedimentar como la capa de su subsuelo*”⁹.

Sebreli advierte que Martínez Estrada consideraba que el progreso, la evolución, el movimiento, eran en América, una ilusión óptica, un espejismo. Contra la naturaleza caótica, contra el misterio insondable del cosmos, contra la herencia ancestral, contra el mandato de la sangre, contra las fuerzas oscuras de la pampa, el hombre era impotente y todo lo que hiciera estaba destinado al fracaso.

El autor afirma que todo esfuerzo por descubrir y conceptualizar la racionalidad inmanente de la historia y de las leyes internas del devenir histórico fue dejado de lado por nuestros escritores, porque esa perspectiva los llevaba a explicar los problemas de la sociedad desde el punto de vista de las vinculaciones entre las clases sociales y la economía. La fuga en el fatalismo telúrico, en el pesimismo irracionalista, constituía una forma de reacción contra la evolución del pensamiento en el sentido dialéctico e histórico del progreso.

⁸ Microsoft® Student 2008 [DVD]. Microsoft Corporation, 2007.

⁹ Op.cit. pág. 24

Sebreli le critica a Martínez Estrada su concepción de la historia, según Estrada el hombre estaba arraigado en la repetición: el acontecimiento histórico transcurre en grandes períodos cíclicos de modo tal que lo que ahora es, ha sido y volverá a serlo innumerables veces. Todo lo malo, todo lo feo, todo lo injusto que ha sido, volverá a repetirse. En oposición a este pensamiento, Sebreli considera que la historia no es un ciclo repetido hasta el infinito sino la creación del hombre histórico en el tiempo concreto. *“Si la naturaleza es un ciclo cerrado y sin porvenir, la historia humana, en cambio, es una serie conexas de líneas de desarrollos, de desenvolvimientos, de procesos que se encuentran interconectados y que actúan recíprocamente unos sobre otros (...) En el tiempo histórico, el hombre no vuelve nunca al punto de partida y sólo se encuentra con su pasado en un nivel superior”*¹⁰.

Juan José Sebreli expresa que la perspectiva de Martínez Estrada era la del intelectual aislado, que reconstruía la historia de acuerdo con un esquema establecido a priori por su voluntad personal, el intelectual debía aislarse del mundo, encerrarse en sí mismo para consagrar toda su vida a construir su propio mito. Pero la verdad no es idéntica a la realidad, expone Sebreli, ya que en ésta también se encuentran errores, no pueden existir verdades que no estén insertadas, aunque sea en forma negativa, en la realidad.

El autor le reprocha a Estrada su negatividad, sostiene que el intelectual crítico no puede rechazar en bloque a la sociedad, porque para ello debería estar fuera de esa sociedad como creía estarlo Martínez Estrada, éste creía que se oponía a una injusta organización social porque decía no a todo. Por este motivo Sebreli manifiesta que Estrada no quería modificar la sociedad sino simplemente describirla, él era un denunciador *“Pero la negación total es un absoluto colocado fuera de la historia; estar contra todos en general es no estar contra nadie en particular. Es necesario elegir al adversario. Al permanecer al margen de la lucha, al rechazar por igual a todos los contrincantes, Martínez Estrada se transformaba, aunque indeliberadamente, en defensor del statu quo”*¹¹.

Martínez Estrada consideraba que la rebelión contra el estado de cosas intolerable es necesaria para todo hombre auténtico pero a la vez imposible, porque nada se podía cambiar, es por este motivo que Sebreli explica que estábamos condenados a una tarea gratuita y vana: “la rebelión inútil”. Para este autor, la contradicción de Martínez Estrada consistió en no poder vivir su ideal y vivir de hecho en la sociedad y por el mismo orden que repudiaba.

Otro de los autores que escribe en la revista Contorno es Ismael Viñas, quien publica una “Reflexión sobre Martínez Estrada”, en ésta plantea que Estrada es para los intelectuales de Contorno (Ismael siempre habla en plural, en representación del pensamiento de un grupo de intelectuales que publican en dicha revista) un tema de meditación, y lo es en múltiples sentidos, como investigador de la realidad argentina y como exponente, como dato de esa realidad. Estos intelectuales explicitan que *“lo que nos interesa a través de él, es averiguar lo que somos, nosotros, definidos por el accidente de vivir en la Argentina de 1950 y tantos. Análisis al que nos sentimos imperiosamente empujados (...) por necesidad de averiguar nuestra realidad, de tratar de aprender a operar con ella”*.¹²

Viñas confiesa que Estrada ha sido para muchos intelectuales (incluyéndose) un revelador, con sus aciertos y errores, con su insistente vocación de denunciante, el que ha dicho que nuestro mundo no era la égloga feliz que se declaraba. Pero este prestigio es, según Viñas, uno de sus peligros: su obra es la declaración constante de una desilusión, y la energía profética con que la proclama tiende a aplastar en él mismo toda

¹⁰ Juan José Sebreli “Martínez Estrada, una rebelión inútil”, pág. 89

¹¹ Op.cit.pág. 130

¹² Ismael Viñas “Reflexión sobre Martínez Estrada”. Contorno, número 4, Buenos Aires, diciembre 1954.

posibilidad operativa, y a empañar, desacreditar en nosotros la apostura crítica libre, no sólo con respecto a él, sino también, con respecto a la realidad.

Según Ismael Viñas, Martínez Estrada representa el momento en que se empieza a dejar de ver a la Argentina como una alegoría de futuro optimista y fácil. El sentimiento de la grandeza nacional, sufre una quiebra: muchos advierten, al igual que él, que el alegre cuadro de nuestra riqueza, de nuestro progreso, no es más que una portada que oculta mucha verdad fea.

Viñas considera que el análisis de la realidad social, política y cultural de la Argentina que hace Estrada es un examen apasionado, se dedica a redescubrir la Argentina que pretendió ignorarse; pero obstinado de tal modo en esta tarea, termina por erigir un infierno sin salidas, su voz es la voz del desengaño. También destaca que Martínez Estrada esté envuelto en cierto profesionalismo profético, es decir, no sólo acentúa su denuncia relativizando todo reajuste de su visión, sino que ha desarrollado una exuberancia denunciante tal, que queda muy poco espacio para lo que no sea descripción del infierno.

En relación a la comparación Europa-América (viejo mundo-nuevo mundo) con la idea de progreso, Viñas opina que Europa se ve a sí misma como el centro del mundo, el progreso que imagina es un progreso de sí misma, en cambio “nosotros”, “América” nos consideramos el porvenir de Europa, el lugar donde los ideales europeos se podrán realizar con plenitud. Pero nuestra realidad es más pobre que la europea, y carece en mayor grado de atenuantes; Viñas considera que Europa sigue siendo para nosotros, como actualidad, un motivo de envidia. La actitud de Martínez Estrada “*ha sido juzgarnos así, acumulando las pruebas de que no éramos ni siquiera medianamente aceptables medidos con un cartabón europeo*”¹³, explica Viñas, es por eso que en el tono general de su obra persiste esa visión estrábica, que a veces, nos describe como a una raza réproba, cargada con un pecado original ilevantable. Ismael opina que el motivo de atribuir en nosotros la personalidad de un pueblo réprobo, tal vez obedece al inconciente deseo de dotarnos de alguna futuridad posible y de una individualidad señalable, así sea en un demonismo insondable, al no poder creer en nuestra situación de pueblo elegido para realizar los ideales de la cultura occidental, parece haber optado por un mesianismo al revés.

Para Viñas los peligros que puede dejarnos la obra de Martínez Estrada son: “*O una fácil denuncia permanente e inoperante. O el deseo irresistible de ceder simplemente al juego del instinto, renunciando a todo laborioso esfuerzo de edificar con él-y aún contra él en alguna medida-contando con que el fracaso es quizás inevitable. O la zambullida en un demonismo casero, en alardes de pueblo condenado, forma inversa y resentida de asegurarnos una personalidad*”¹⁴

Rodolfo Kusch en otro de los artículos publicados en Contorno también realiza una relectura de Martínez Estrada. Comienza su artículo explicando la diferencia que existe entre el intelectual americano y el europeo “*La diferencia entre nuestro intelectual y el europeo estriba en que el nuestro es más arbitrario y aquel lo es menos y además el nuestro es radicalmente anacrónico, porque no hay que conectar ninguna clase de totalidad con individuo alguno. El intelectual argentino es un desarraigado porque carece de misión (...) El ser intelectual en la Argentina pertenece, por hoy, al plano del arbitrario*”¹⁵.

Kusch considera que el intelectual sólo es auténtico en Europa, allí la intelectualidad es armónica, pero aquí, en América resulta enfermiza, porque América no puede ser aún objeto de inteligencia sino de acción. El autor afirma que con Martínez

¹³ Op.cit. pág. 27

¹⁴ Op.cit. pág. 28

¹⁵ Rodolfo Kusch “Inteligencia y barbarie” Contorno, número 3, Buenos Aires, setiembre 1954.

Estrada el ataque contra lo americano se hace definitivo: *“Martínez Estrada deja como única posibilidad, aquí en la Pampa, la de una mentira social estructurada en el puro y soledoso intelecto, pero a costa de suprimir la Pampa misma, y lo hace precisamente cuando estamos viendo cómo el subsuelo vital de América socava y pone en duda la mentira intelectual que nos hemos forjado”*¹⁶.

Para Kusch América no necesita que los intelectuales la expresen, porque siempre ha sido objeto de conocimiento y no sujeto productora del mismo por eso Kusch insiste en que *“Mientras el sujeto cognoscente no surja del objeto, como una consecuencia insalvable el conocimiento no deja de ser una chismografía sobre un vecino que no se conoce, llevada a la altura de pretenciosa ciencia”*¹⁷. Kusch concluye señalando que la concepción de Estrada es la última faceta de una modalidad intelectual que el tiempo se encargará de romper. *“El tiempo habrá de ajustar nuestro anacronismo para obligarnos a reconocer dolorosamente nuestra barbarie, aún, con el riesgo de ser “invisibles” para el Occidente”*¹⁸.

Para los hombres de Contorno, Martínez Estrada aparece situado entre los escritores que en nuestro país asumieron la dramática tarea de ejercer la denuncia. Denuncia que en su momento había sido una necesidad urgente y hoy razón esencial de su permanencia. David Viñas opina que, de los que en Argentina escribieron, solo se salvan aquellos que de una manera u otra denunciaron su “contorno”, lo que les concernía. Por este motivo el autor propone *“tomar a Martínez Estrada no como aval o apoyatura, sino como rescate del pasado y del presente utilizables”*¹⁹.

¿Los argentinos somos zonzos?

En un tono humorístico, irónico, sarcástico, en un lenguaje llano, cotidiano, Arturo Jauretche en “Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)” pretende *“poner en evidencia los factores culturales que se oponen a nuestro pleno desarrollo como Nación, a la prosperidad general y al bienestar de nuestro pueblo, y los instrumentos que preparan las condiciones intelectuales de indefensión del país”*²⁰. Para ello utiliza como método a los escritores que le sirvan para tal propósito, para poner en evidencia cómo y en beneficio de quién actúan estos intelectuales.

En el prólogo a la primera edición de Junio de 1957 Jauretche explica que tuvo la oportunidad de conocer la mentalidad de hombres que se autodesignan como “intelectuales” y su divorcio con la realidad del país, como así también, los obstáculos que estos hombres crean a la inteligencia argentina cuando busca su camino. Considera que estos intelectuales están aislados completamente de la realidad nacional lo cual es para Jauretche una prueba de su extranjería.

Aunque Jauretche no teorizó acerca de la existencia de un cuerpo social, la concepción organicista aflora en afirmaciones tales como la articulación entre el hombre y su lugar de pertenencia, y también en su idea de la unión de fuerzas nacionales para mantener la vida misma del país. Esa idea de pertenencia se expresa con energía en su convencimiento de que, para pensar correctamente, hay que tener un sentido de pertenencia al lugar y al país, en un claro desmentido de la pretendida objetividad del intelectual. Es el sentirse hombre de una patria lo que permite ver y comprender

¹⁶ Op.cit.pág. 53

¹⁷ Op.cit.pág. 54

¹⁸ Op.cit.pág. 58

¹⁹ David Viñas “La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada”. Contorno, número 4, Buenos Aires, diciembre 1954.

²⁰ Arturo Jauretche “Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)”. 1957

aspectos que están vedados a los de afuera, ya se trate de un “extranjerismo real o mental” como el que Jauretche atribuía a las élites intelectuales argentinas.

El autor manifiesta que el tema que va a tratar es el de la “traición de la *intelligentzia*”, considera que a la deslealtad social se suma la deslealtad a la Nación, que es la perdurabilidad del pueblo.

Realiza una fuerte denuncia a “los intelectuales que sirven al sistema”, un despiadado juicio sobre grandes figuras intelectuales alejadas de una perspectiva nacional y popular, que es la que definía para Jauretche, la verdadera estatura de un intelectual. Nombres como los de Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo, Julio Irazusta, entre otros, aparecen como representativos de una intelectualidad que no está al servicio del país, y la revista *Sur* de Victoria Ocampo, orgullo de la vida intelectual argentina, es señalada como uno de los más notorios mecanismos de fuga de sus responsabilidades protagonizados por la intelectualidad argentina. En cambio, los intelectuales auténticos son excluidos sistemáticamente de esos aparatos pese a que constituyen la verdadera inteligencia nacional. Estas críticas cobran sentido en el marco de la denuncia hecha por Jauretche de la subvaloración de la identidad nacional, la negación de las posibilidad de creatividad propia y el desarraigo de los intelectuales, siempre dispuestos a sentir fidelidad hacia Europa y no hacia la tierra que los vio nacer.

Jauretche considera a Ezequiel Martínez Estrada como una de las figuras máximas de la “*intelligentzia*”, opina que este autor es un “colonizado mental”, que reniega de su origen (condición semicolonial), que promueve justificaciones para mantener esta colonización pedagógica, que intenta ocultar la realidad social y la naturaleza de los problemas y desplazamientos de las masas populares, en relación con las transformaciones de la economía. Escribe Jauretche: “*Ezequiel Martínez Estrada habla de todo, expurga minuciosamente el pasado, el presente y el futuro del país, sin perdonarle una llaga, una lacra, una náusea; pero inútilmente buscará el lector-en esa prolija exposición de la infamia- una sola referencia a su condición semicolonial. Y desde luego la más mínima comprensión de los esfuerzos liberadores del proceso de emancipación que se intenta detener*”²¹.

El autor pide disculpas al lector por sus reflexiones un poco groseras, pedestres, pero explica que no encuentra otra forma de desenmascarar a este intelectual que no sea sacándolo por el ámbito de mentiras en que actúa. Es por eso que utiliza epítetos que descalifican, desautorizan y destruyen la figura de Martínez Estrada, lo trata de “palangana”, “macaneador”, “alquitrana flor de tara”, “soberbio”, “pequeño burgués al que le fallan los desagües”, “ignorante”, “iracundo profeta apocalíptico”, entre otros. Lo que pretende demostrar Jauretche mediante esta estrategia es que Martínez Estrada pertenece al grupo de intelectuales que escriben toda una literatura de “ensayos evasivos” que ocultan el compromiso, y que están al servicio de los intereses imperialistas.

Jauretche prefirió no ser calificado de nacionalista, sino de hombre que poseía un “pensamiento nacional”. Para definirlo barrió con las barreras ideológicas, poniendo lo “nacional” como centro del análisis y teniendo como coordenadas fundamentales la adecuación a la realidad e identificación con los intereses populares. El pensamiento nacional es aquél en el que se da una decisión intelectual de no perder nunca de vista la realidad en la que se está inmerso, desmitificando la cultura y la sociedad como requisito para entenderlas y mejorarlas. Jauretche considera que el primer paso era desprenderse de deformaciones mentales impuestas por una superestructura cultural que respondía a los intereses del imperialismo internacional, celosamente guardada por los

²¹ Op. cit. pág. 27

intelectuales a su servicio, a los que denominó “cipayos”. El autor explica que no se trataba de formular una doctrina institucional, social o económica determinada, sino de proponer una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, y una afirmación de la soberanía política en la búsqueda de un desarrollo económico no dependiente.

Lo que, en definitiva, caracteriza al pensamiento nacional, es el reconocimiento de que la cuestión principal es la Nación, entendida como un conflicto de intereses entre un país semicolonial que quiere dejar de serlo, y los intereses imperialistas que no están dispuestos a permitirlo.

La denuncia del coloniaje económico, apoyado en el cultural, se hizo desde la plataforma brindada por FORJA, con la que Jauretche tuvo un compromiso vital, vio en esa organización un mecanismo para incorporar a los hábitos del hombre argentino “la capacidad de ver el mundo desde nosotros, por nosotros y para nosotros”. El coloniaje era visto como protagonizado por una “*intelligentzia*” que “*lleva en su entraña la traición al país*”.²²

La finalidad de su escrito fue crear una visión real del país, infundiendo la idea de una íntima relación entre historia y política. Animado por ese espíritu opuso a la “*pedagogía colonialista*”, que definía el problema nacional como una lucha entre civilización y barbarie, una “*pedagogía nacional*”, que lo redefinía en términos de una oposición entre las minorías extranjerizantes y opresoras y las mayorías populares y nacionales.

Su objetivo no fue formular una ideología en sentido estricto, sino contribuir a formular un pensamiento propio. Lo que impedía ese modo nacional de ver las cosas era un conjunto de principios introducidos en la formación intelectual de los argentinos desde la niñez, y que obligan a dejar de lado el sentido común y el amor por lo propio. Jauretche los identificó como “*zonceras*”, que funcionan como verdaderos axiomas en forma articulada hasta resolverse en lo que llamó “*colonización pedagógica*”, poniendo anteojeras al momento de analizar la realidad. Ella está presente en todos los aparatos ideológicos que la sociedad posee para reproducir valores, como la escuela, la cátedra, la prensa, los círculos intelectuales y académicos a los que Jauretche y sus compañeros de ideas no tuvieron acceso. En tal sentido, el problema no es la ineficacia de la educación, como a veces se pretende, sino una educación altamente efectiva para difundir, deliberadamente, esas *zonceras* que *impiden un pensar nacional*. “*(...) su fuerza no está en el arte de la argumentación (la zoncera). Simplemente excluyen la argumentación actuando dogmáticamente mediante un axioma introducido en la inteligencia- que sirve de premisa-y su eficacia no depende, por lo tanto, de la habilidad en la discusión como de que no haya discusión. Porque en cuanto el zonzito analiza la zoncera deja de ser zonzito*”.²³

El autor expone en este manual que los argentinos no somos zonzos sino que nos hacen zonzos, para que no podamos pensar, para que el pueblo no pueda ser capaz de analizar críticamente la realidad Argentina, también explicita que las *zonceras* son de varias clases: políticas, históricas, geográficas, económicas, culturales, “*la mar en coche*”. “*(...) este libro es una segunda parte de Los profetas del odio y la yapa –es decir una contribución más al análisis de la pedagogía colonialista-, en el cual se exponen las zonceras, para que ellas conduzcan por su desenmascaramiento a mostrar toda la sistemática deformante del buen sentido y su finalidad*”²⁴.

²² Op.cit.pág. 12

²³ Arturo Jauretche “Manual de zonceras argentinas” Peña Lillo editor

²⁴ Op.cit.pág. 20

Jauretche veía a las “zonceras” como una pluralidad nacida de una “zoncera madre”, que no era otra que la dicotomía sarmientina de civilización o barbarie, identificando la primera con lo europeo y la segunda con lo propio americano. *“Antes de ocuparme de la cría de las zonceras corresponde tratar de una que las ha generado a todas (...) esta zoncera madre es Civilización y barbarie. Su padre fue Domingo Faustino Sarmiento (...) Todo hecho propio, por serlo, era bárbaro, y todo hecho ajeno, importado, por serlo, era civilizado. Civilizar, pues, consistió en desnacionalizar-si Nación y realidad son inseparables”*²⁵.

Sarmiento legó a los argentinos esa dicotomía que condicionó intensa y prolongadamente la vida y el pensamiento del país, enseñando a denigrar lo propio. De ella surgieron otras, como aquella que reza que la extensión territorial es un mal, que alimentó el plan de la Patria Chica que relegó el interior y no le importó perderlo, de lo que se trataba era de formular una política para Buenos Aires y sus alrededores, que ofrecían las condiciones necesarias para la nueva Europa con la que soñaban los liberales *“En ningún país ha regido como principio que la extensión en sí se considere un mal: por el contrario, el principio ha sido el inverso, pues el mal consiste en la falta de extensión (...) sólo nosotros, los argentinos, hemos incorporado la idea del achicamiento como un bien necesario en nuestra política territorial”*²⁶.

La libre navegación de los ríos, la idea de que la victoria no da derechos o la afirmación de la superioridad del inmigrante sobre el nativo, eran otras “zonceras” derivadas y dirigidas a destruir el sueño de una Argentina soberana y próspera, confiada en sus posibilidades y su destino.

La de Jauretche fue una larga batalla ideológica y política para dar por tierra con los mitos negativos que habían impedido un desarrollo nacional autónomo, entendió como su misión esencial no la de formular una ideología, sino crear un estado de conciencia que preparara el acuerdo de los argentinos, más allá de las banderas políticas, en la voluntad de crear un país real y una política que le diera respuesta.

El optimismo de Jauretche aflora al momento de creer en las posibilidades de sacudirse de esa estructura impuesta, creada por la “intelligentzia”, apelando al “buen sentido popular”, único capaz de remediar la desconexión con la realidad y haciéndolo comprender el significado último de esa pedagogía colonialista al revelar no sólo su contenido sino también cómo y para beneficio de quiénes funciona. Esa posibilidad, sin embargo, sólo puede aparecer cuando las condiciones materiales de base lo permiten, y el pensador creía que el momento histórico había llegado, por las experiencias del irigoyenismo y el peronismo que habían puesto a las masas como protagonistas del quehacer político.

Conclusión

Civilización o barbarie, fue actualizado por Martínez Estrada en su ensayo titulado “Radiografía de la pampa” (1933). En sus páginas Estrada realiza el análisis más penetrante, agudo y perspicaz que pueda encontrarse, con permiso del Facundo, sobre la peculiar trayectoria seguida por Argentina desde su primera fundación hasta su actual convalecencia. Con Sarmiento comparte las categorías de “civilización” y “barbarie”, aunque subvierte su valor y muestra el fracaso del proyecto civilizador sarmientino, hace una revisión del esquema sarmientino a la luz de 1930 para concluir

²⁵ Op.cit.pág 25

²⁶ Op.cit.pág. 40

en la negación absoluta de una salida posible, según Estrada no hay lucha posible porque el país ha terminado sumido en la “barbarie”.

Ezequiel Martínez Estrada ha sido un hombre difícil —un individualista, un humanista de viejo cuño, un idealista exigente y romántico— que, ciertamente, está muy poco dispuesto a negociar sus posiciones con quienes considera enemigos de la humanidad. A Martínez Estrada se le podría aplicar la fórmula “pesimismo de la realidad y optimismo del ideal” porque su mirada crítica hacia la realidad y la historia humana tiene su fundamento en una perspectiva ética para la cual los valores absolutos y eternos existen.

Su legado literario y su pensamiento fueron rescatados por autores que publicaron en la revista *Contorno*, reivindicando su modo de hacer crítica literaria, su denuncia permanente de la realidad, aunque también reprochándole su posición metafísica-ontologizante. Otra de las relecturas tomadas en este trabajo es la que proporciona Arturo Jauretche, quien en su ensayo se propone dismantelar los factores culturales que se oponen al pleno desarrollo de la Nación, para ello toma a uno de los escritores representativos de la “*intelligentzia*”, Martínez Estrada, su objetivo es poner en evidencia que este intelectual está aislado de la realidad nacional, que escribe una literatura que evade el compromiso y oculta la verdad, y que está al servicio de los intereses imperialistas.

En el “Prólogo inútil” a la Antología, Martínez Estrada pide que su obra se lea y juzgue como “la producción de un artista y un pensador”, un artista de la lengua que se vale del mito y la alegoría allí donde la razón no alcanza, y un pensador, un estudioso de la biografía cultural de los pueblos y de la obra y vida de seres del presente y el pasado que, a su juicio, encarnan el ideal.

Bibliografía

- Arturo Jauretche: “*Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*”. 1957
- Arturo Jauretche: “*Manual de zoncetas argentinas*”. Peña Lillo editor
- Moyano, M: “El ensayo de interpretación nacional como enclave político de las disputas por el sentido y las alegorías identitarias de ‘la nación’”. En Jalif de Bertranou, Clara: “*Argentina: entre el optimismo y el desencanto*”. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, 2008.
- David Viñas: “La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada”. *Contorno*, número 4, Buenos Aires, diciembre 1954.
- Ezequiel Martínez Estrada: “*Radiografía de la pampa*”. Losada. Buenos Aires. 2001. Original 1933.
- Ismael Viñas: “Reflexión sobre Martínez Estrada”. *Contorno*, número 4, Buenos Aires, diciembre 1954.
- Juan José Sebreli: “*Martínez Estrada, una rebelión inútil*”, pág. 89
- Rodolfo Kusch: “Inteligencia y barbarie” *Contorno*, número 3, Buenos Aires, setiembre 1954.
- www.ensayistas.org

Anexo

"Sobre Radiografía de la Pampa"²⁷

1. ¿Por qué escribió usted *Radiografía de la Pampa*?

Tengo que contestarle el por qué con algo del cómo y del cuándo. A indicación de Enrique Espinoza (Samuel Glusberg) a cuya invitación debo haber escrito la obra, estaba yo preparando un estudio sobre Sarmiento, del que *La vida literaria*, que dirigíamos juntos, publicó el artículo "Sarmiento a los ciento veinte años". Cumpliríase en febrero de 1931 el aniversario de su natalicio. Releía, pues, el *Facundo*, con asombro de lo que hallaba en él de viviente y actual, no advertido antes, cuando acaeció la asonada del 6 de septiembre de 1930. Espinoza y yo anduvimos recorriendo las calles del centro, presenciando lo que yo vi como inundación de aguas turbias y agitadas. Tenía recuerdo aún fresco de las fiestas del Centenario, y de súbito tuve la impresión de que me encontraba retrotraído a veinte años atrás, como si ni yo ni lo que nos rodeaba hubiesen cambiado. El tiempo era un sueño. Este *schock* o trauma, me reveló una clave de interpretación, válida para la relectura del *Facundo* y para el texto en relieve y para el tacto, sistema Braille, que estaba presenciando. Mi impresión fue la de que recibía una revelación, como dicen los místicos, y que se me mostraba iluminado un pasado cubierto de una mortaja pero no muerto ni sepultado. Le dije a Espinoza:

—Oiga usted: U-ri-buuu-ru; es lo mismo que I-ri-gooo-yen.

—Exacto —me respondió—, escriba lo que está viendo.

Por eso escribí *Radiografía de la Pampa*.

2. ¿Cree usted, a veinticinco años de la primera edición del libro, que se mantienen en nuestro país las situaciones que usted indicó entonces?

Sin duda, como en 1930 la de 1910. Pronto será esto tan palmario, escúcheme bien, que aterrorizará a quienes no vean que asistimos a un proceso histórico normal. Lo mismo ocurrió con el peronismo, que yo califiqué, en más de trescientas páginas, como "fenómeno social genuinamente argentino", lo cual provocó un escándalo insolente que todavía me aturde. Únicamente los profesores de historia, los pilotos de la "nave del Estado" que se bambolea al garete y los beneficiarios del naufragio no ven lo que ya ve el pobre pueblo acaudillado y cegado. Pero debo especificar que mi libro no se refiere a situaciones, o sea, a circunstancias variables. He tratado de configurar un diagrama con los invariantes históricos que creí hallar en el *Facundo* y además en las *Bases*, *Ojeada retrospectiva* y en los escritos doctrinarios de Moreno y Monteagudo. Las situaciones cambiantes no alteran la estructura esencial que creo haber fijado en el diagrama, susceptible, es claro, de progresivas rectificaciones. De ese diagrama puede deducirse una función, entre máximas y mínimas, como del de una máquina su trabajo natural, tomadas en cuenta también, las perturbaciones mecánicas de un orden previsible. Por

²⁷ Entrevista extraída de www.ensayistas.org

ese método el pronóstico es simple consecuencia de conocer el mecanismo, y la palabra profecía es absolutamente impropia e injuriosa.

3. Aparte de Sarmiento, y particularmente el *Facundo*, ¿qué otras obras han influido en su libro?

Influyeron en mí, más que en mi libro, aparte el *Facundo* y las obras básicas doctrinarias de la nacionalidad republicana y democrática que ya cité, Groussac, que me auxilió y alentó muchísimo por su valentía honrada y sus sólidos conocimientos de nuestra historia, la oficializada y la inédita. Él me comunicó la confianza moral de que la religión de la verdad, aunque fea y desagradable, es siempre un bien infinitamente mayor que la piadosa mentira. Adquirida la conciencia de un deber moral, sólo hube de aceptar las deducciones lógicas inevitables de tales premisas. La certidumbre de estar en terreno firme, si bien poblado de peligros ocultos y de enemigos presentes, se robusteció con la lectura de la bibliografía de exploradores, viajeros y testigos oculares fidedignos. Para entonces conocía yo hasta sus entresijos, las obras de mi venerado Hudson, que comentábamos muy a menudo con Lugones y Espinoza. Además, tuve dos guías que me enseñaron a considerar la sociedad y la historia desde dos ángulos nuevos, cancelando mi concepto ingenuo, de una concepción estática e iconográfica de ellas: Spengler, de quien aprendí que la historia es la biografía cultural de los pueblos y que no es la crónica militar y diplomática. Concretamente esto: la historia es morfología o anatomía de los hechos, y puede estudiárselos independientemente, por países y épocas; más también la historia es fisiognómica de los hechos; revelan su sentido profundo, su alma colectiva, ecuménica y étnica. Como un rostro —así lo admiten Toynbee y los gestaltistas—, la historia tiene una faz fotogénica, diré así, que puede fijarse en los libros documentales como lo hacen los papirólogos; pero también tiene una expresión viva, psíquica, que sólo puede interpretarse por intuición, como hacemos con una persona que nos habla. Lavater, descubridor de ese método, el que inspiró a Balzac, me inspiró a mí.

La otra guía, la segunda tras Spengler, fue Freud. La lectura de sus obras, particularmente *Tótem y tabú*, que hice cuidadosamente años antes de 1930, me había dado la certeza de que los mecanismos estudiados por él en la psicología de profundidad, podían proyectarse al plano horizontal de los hechos sociales y míticos, y a sus fenómenos simbólicos. Las claves de su método: interpretación de los sueños, censuras, sublimaciones, inhibiciones, olvidos y errores, transferencias, tabúes y noas, etc., podían aplicarse lícitamente a las grandes civilizaciones como a las culturas ágrafas. Largué por la borda mis respetados maestros de la juventud: Comte, Mill, Tarde, Durkheim, Ward, Gumplowicz, Sighele, pero me quedé con uno, mi maestro de método y de prosa: Jorge Simmel. Sobre todo su *Sociología*, que utilicé como libro de control. Hasta el más miope, no el ciego, hubiera podido percibir que la configuración sociológica de *Radiografía de la Pampa* débese a Spengler, con su lectura simbólica de los hechos; a Freud, con su examen de las perturbaciones de la psique social, y a Simmel, con su método configuracionista, palmariamente el de temas y variaciones, por ejemplo: sobre el secreto, las sectas, el pobre, los círculos sociales, etcétera. Yo no he inventado nada, como tampoco ellos; todos hemos buscado el sentido del texto escrito por el Creador en caracteres jeroglíficos.

Cada una de las, seis partes de *Radiografía de la Pampa* integra un tema fundamental de psicoanálisis social, que yo intuí veinte años antes de que se aceptase como método científico de interpretación. Hoy son numerosas las obras del tipo de la reciente de Erich Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. En cuanto a la

validez de las concepciones, que algunos calificaron de míticas por motivos sectarios, estoy seguro de que contienen elementos perdurables que quedarán definitivamente incorporados a los estudios de sociología y de antropología culturales. Basta leer los tres párrafos finales de *Radiografía de la Pampa*, este libro amargo y saludable, escrito con lágrimas y pagado con el sacrificio ritual de mi vida. Se los recordaré, con lo cual completo la respuesta segunda de sus preguntas: “Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todo un mundo, sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremediable. Conforme esa obra y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos, traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud.”

(1958)